

EDUCACIÓN SUPERIOR Y COVID-19 EN LA REPÚBLICA DE PANAMÁ

Nanette Archer Svenson

Profesora afiliada de la Universidad de Tulane y consultora independiente para las Naciones Unidas, el Banco Interamericano de Desarrollo y otras organizaciones nacionales e internacionales. Actualmente, sirve como Directora Ejecutiva del Centro de Investigación Educativa (CIEdu) de Panamá.

nanette.svenson@gmail.com

Guillermina De Gracia

Antropóloga de la Universidad de Panamá, Museóloga por la Universidad de Valladolid, cuenta con más de 10 años de experiencia en temas de Patrimonio Cultural. Doctoranda en Historia de América por la Universidad de Barcelona (España).

guillerminaitzeldegracia@gmail.com

La pandemia del COVID-19 ha hecho aún más visibles las grandes inequidades existentes en la sociedad panameña y, particularmente, en el sistema educativo a todos los niveles. Ha resaltado el hecho de que el futuro va a depender, en gran medida, de las conexiones y conocimientos tecnológicos. Las personas e instituciones que no estén listas para operar dentro de este ambiente o que no puedan adaptarse rápidamente, encontrarán pocas oportunidades en el sector productivo.

“ Las personas e instituciones que no estén listas para operar dentro de este ambiente tecnológico o que no puedan adaptarse rápidamente, encontrarán pocas oportunidades en el sector productivo ”

Este problema ha sido muy evidente en la educación superior y ha servido para enfatizar algunas de las deficiencias del sistema actual, como son: la

falta de preparación digital, en general, y la falta de investigación científica, en particular.

El presente artículo trata de ofrecer un breve panorama de esta situación. Para entender mejor el impacto que ha tenido el COVID-19 en la educación superior, se ha revisado la información presentada, durante estas semanas, en los medios de comunicación sobre los estudios universitarios en el país, así como los datos presentados en los diferentes sitios web de las universidades. También fueron encuestados profesores, investigadores y administradores de universidades oficiales y particulares; para tener una visión lo más completa y diversa posible. Este resumen es el resultado de ese ejercicio.

Contexto nacional

Panamá tiene las cifras de contagios y muertes más altas de Centroamérica, a pesar de que su respuesta frente a la epidemia ha sido de las más rápidas y estrictas de la región. Desde el día 9 de marzo, cuando se identificó el primer caso de COVID-19 en el país, el Gobierno creó políticas de mitigación y planteó una serie de medidas para su control. La segunda semana de marzo, se cerraron todas las escuelas, los comercios e industrias no esenciales. Justo después, fue declarada una cuarentena nacional obligatoria, que todavía está vigente. Además, los vuelos internacionales y la entrada de extranjeros están suspendidos hasta finales de junio. Por otro lado, Panamá ha logrado secuenciar el genoma del virus para su diagnóstico, reforzar su sistema de salud, aislar a los ciudadanos y, con todo este esfuerzo común, ha conseguido evitar el colapso del sistema sanitario.

Ahora, el reto más grande es la reapertura de la economía. A pesar de que se han tomado medidas para proveer comida y solventar las necesidades

básicas de la población más necesitada, estas ayudas lamentablemente no están llegando a todos los que las requieren. Otro reto, igualmente grande, es la reapertura de las escuelas. El futuro de la producción nacional depende de la formación de los recursos humanos y esta, a su vez, de los centros de estudios. Para el 85 por ciento de los estudiantes panameños de las escuelas públicas (primaria y secundaria), no hay una programación constante en línea durante este periodo de pandemia y pocas son las opciones para una educación a distancia. Con la educación superior, la situación está siendo un poco mejor, aunque no es la ideal.

El sector universitario

El sector universitario panameño cuenta con cinco universidades estatales acreditadas, 18 universidades particulares acreditadas, una docena de programas universitarios internacionales, y otras tantas entidades universitarias reconocidas, pero aún no acreditadas. Un poco más del 60 por ciento de la población estudiantil universitaria se encuentra en las universidades públicas, siendo la gran mayoría (73.000) alumnos matriculados en la Universidad de Panamá. Para las universidades públicas, la crisis está siendo particularmente difícil, porque en marzo se encontraban en pleno proceso de matriculación para iniciar el nuevo año, justo entonces se empezaron a manifestar los primeros casos del virus.

Para todas las universidades, el COVID-19 ha forzado un cambio enorme, abrupto, pero probablemente inevitable. La situación de pandemia ha comenzado a acelerar el uso y la adecuación de la educación en línea, lo que ha evidenciado una problemática ya conocida, como es la desigualdad en el acceso a la tecnología y su aplicación eficaz.

“ La pandemia ha acelerado el uso y la adecuación de la educación en línea, lo que ha evidenciado una problemática ya conocida, como es la desigualdad en el acceso a la tecnología y su aplicación eficaz ”

Preparación digital

¿Estaban las universidades preparadas para trasladar la enseñanza presencial a la virtual? Sí y no. Se nota una diferencia marcada entre la respuesta de las universidades públicas con respecto a las privadas, que han continuado en su totalidad sus operaciones completamente en línea, casi sin interrupción, mientras que las públicas han tenido que luchar para ofrecer apenas una porción de su programación digitalmente.

Las universidades particulares que tienen programas vinculados con universidades en el extranjero, como Florida State University-Panama o Quality Leadership University, y otras como la Universidad del Istmo, que comenzaron hace años a ofrecer mucha de su programación virtualmente, han estado en una posición un poco más ventajosa, pero todas han tenido que apresurarse a inventar y adaptarse a esta “nueva realidad”.

La Asociación de Universidades Particulares de Panamá (AUPPA), con 15 instituciones afiliadas, actualmente cuenta en su totalidad con 196 programas virtuales aprobados de pregrado y postgrado, lo que les ha permitido estar más preparadas para esta situación. Estas instituciones cuentan con plataformas certificadas por el Ministerio de Educación, recursos bibliográficos digitales, simuladores, y programas de

inglés para ofrecer a sus estudiantes en esta época de adaptación técnica. Adicionalmente, más del 80 por ciento de su cuerpo docente ha recibido formación en la enseñanza a través de esta tecnología.

Por otro lado, si bien es cierto que muchas de las universidades públicas también cuentan con algunos programas virtuales, la mayoría es eminentemente presencial. El 23 de marzo de 2020, la Universidad de Panamá inició el semestre ofreciendo la oportunidad de utilizar diversas herramientas digitales, como el correo electrónico, WhatsApp o Zoom. La institución dio instrucciones de usar las plataformas, pero muchos de los profesores no las están usando a su mayor capacidad, simplemente porque no han sido capacitados para utilizarlas como es debido y con el tiempo suficiente. La implementación exitosa de la tecnología en la educación superior no se trata solo de acceder a alguna de las plataformas de telecomunicaciones existentes en el mercado; requiere una estructura administrativa y educativa dedicada a la integración de la modalidad virtual dentro de la universidad, que se echa de menos en muchas de las instituciones públicas.

La Universidad Tecnológica de Panamá, otra de las universidades estatales, está en una mejor posición, en gran parte por su enfoque tecnológico y por la incorporación de un mayor número de estándares internacionales, pero es la excepción.

Otro problema que complica el dilema de las universidades públicas, que tienden a servir a la población de niveles socioeconómicos más bajos, es la falta de accesibilidad de muchos de sus estudiantes a la tecnología necesaria. Aunque la recepción de los alumnos ha sido positiva en lo referente al concepto de la educación virtual, muchas veces no tienen acceso adecuado a Internet, no cuentan con su propia com-

putadora o tableta y, en ocasiones, carecen de los recursos necesarios para adquirir tarjetas de data.

Las compañías telefónicas del país se han unido para lograr que los estudiantes puedan acceder a Internet de forma gratuita para ingresar a las plataformas virtuales educativas. Esta iniciativa, aunque supone una gran ayuda, no es suficiente en sí para resolver todo el rango de obstáculos que muchos de los estudiantes universitarios enfrentan en el sistema público.

La investigación

La investigación siempre ha sido un punto débil dentro del sistema universitario panameño y con la epidemia este vacío se ha hecho más evidente. Históricamente, las universidades se han concentrado en la enseñanza casi de forma exclusiva. Además, el país invierte muy poco en la investigación. Durante la última década, Panamá le ha dedicado solamente entre el 0.1 y el 0.2 de su producto interno bruto, lo que supone 20 veces menos que cualquier país de la OCDE. Esta combinación de factores no ha facilitado el desarrollo de una cultura de investigación dentro de la universidad panameña.



La falta de cultura investigativa está evidenciada por la relativa ausencia de la educación superior en la mayoría de los proyectos científicos sobre COVID-19 en Panamá



La falta de esta cultura investigativa está evidenciada por la relativa ausencia de la educación superior en la mayoría de los proyectos científicos relacionados con el COVID-19 en Panamá. La Universidad Tecnológica propuso un proyecto para diseñar

e implementar respiradores y deshumidificadores a ser utilizados en los hospitales y la Universidad de Panamá ha desarrollado un proyecto para elaborar protectores faciales; ambas han sido iniciativas ejemplares. Sin embargo, la mayor parte de la actividad científica nacional importante, relacionada con el coronavirus, se ha llevado a cabo en institutos privados o público-privados como el Instituto de Investigaciones Científicas y Servicios de Alta Tecnología (Indicasat) y el Instituto Conmemorativo Gorgas de Estudios de la Salud. Los equipos de estas instituciones, por ejemplo, fabricaron reactivos para el diagnóstico y están actualmente colaborando con investigadores de los Estados Unidos y Latinoamérica en un estudio regional sobre factores de transmisión. Ambos trabajan con presupuestos limitados, pero han retenido investigadores prominentes y han logrado innovaciones considerables.

Lecciones aprendidas del COVID-19

La pandemia del COVID-19 nos ha traído muchas lecciones importantes para la educación superior panameña. Entre las más pertinentes, para los temas presentados en este artículo, podemos destacar las siguientes:

1. La digitalización ha llegado para quedarse y las universidades van a tener que transformar su manera de enseñar y también las herramientas que incorporan.

Esto es aún más importante, dado que el perfil de muchos estudiantes ahora ha cambiado para incluir una combinación de responsabilidades familiares, laborales y educacionales. También tiene implicaciones para la política pública. Si aceptamos que la digitalización ya es un componente crítico de la educación, y que el acceso

a la educación a todos los niveles es un derecho humano, el gobierno tendría que enfocar más atención en los asuntos de infraestructura y los costos asociados con los servicios públicos de las telecomunicaciones, para que las universidades puedan llegar a todos los que las busquen.

2. La tecnología no crea contenido educativo de calidad y no reemplaza el elemento humano intrínseco, pero sí puede catalizar la transformación de sistemas educativos.

La tecnología es solamente una herramienta para facilitar la entrega de información educativa. Así que, sin la base de una educación de calidad, la tecnología solo ayuda a difundir una educación mediocre (o peor) que contribuye poco al desarrollo del estudiante y de la sociedad. Y sin la integración con la interacción humana, no ofrece el rango completo de aprendizaje integral. Por eso, este momento turbulento ha catalizado una crisis existencial en muchas de las universidades, especialmente en las públicas, y un replanteamiento de sus misiones. Representa un periodo para investigar nuevos modelos educativos, más acordes con la realidad que estamos viviendo, en todo sentido, y para transformar la educación superior en vez de replicar lo mismo que se ha hecho en el pasado.

3. La investigación es un componente crítico de la educación superior.

La investigación académica debería ser capaz de explorar los problemas más grandes y complejos que una sociedad enfrenta. No es que todas las universidades de un país necesiten dedicarse fuertemente a la investigación científica, pero algunas sí deberían hacerlo de la mano de

los gobernantes y tomadores de decisiones que afectan el bienestar social.

4. La disrupción extrema es primordial y las universidades, al igual que otras instituciones de todos los sectores, deberán prepararse mejor para el futuro.

Los líderes universitarios tendrán que tomar en serio posibles eventos de potencial alcance global y adelantarse con planes de contingencia que alcancen a todos los aspectos académicos y operativos de cada institución. Con una preparación para enfrentar eventualidades disruptivas, que se podrían repetir con más frecuencia en el futuro, las universidades van a estar más fuertes y resilientes.

“ Los líderes universitarios tendrán que tomar en serio posibles eventos de potencial alcance global y adelantarse con planes de contingencia ”

La pandemia del COVID-19 nos tomó a casi todos por sorpresa. Algunos estaban mejor preparados que otros para enfrentar los retos que ha conllevado. Pero todos, y especialmente nosotros, trabajando en la educación superior, podemos y debemos aprender de esta experiencia para salir mejor de lo que estábamos.

Nota: Las autoras agradecen a los siguientes profesores universitarios por sus contribuciones a la preparación de este artículo: Mirna Chen, Félix Chirú y Mirian Miranda de la Universidad de Panamá; Alexandra Anyfanti de Florida State University-Panamá; Luis Wong de la Universidad Católica Santa María la Antigua; Gonzalo Pulido de la Universidad del Istmo; y Mariana León de Quality Leadership University.